

dosas"; hablo de aquellas á quienes el esposo encuentra hilando á la luz de la lámpara.

A las jóvenes de la sociedad que hagan un gesto de desagrado al leer esto, aconsejo que vayan á ver si el gusto que tienen las mujeres suecas en manejar las cacerolas, las ha entorpecido los dedos. Encontrarán expuestas en otra parte, bajo la inscripción "trabajos de los amigos de artes manuales", las obras de aguja que han sido todas ejecutadas en la paz de sus casas por las señoras de sociedad del Norte, que creen en los secretos de la reina Bertha para retener al esposo feliz en el hogar dichoso.

Antes he abogado ya con demasiada pasión en favor de estas virtudes verdaderamente femeninas, que fueron la herencia de la francesa y que se quiere reemplazar locamente con cualidades llamadas masculinas, para no señalar á las jóvenes y también á las madres de familia, el provecho de un viaje fácil al país escandinavo: dada la incertidumbre en que actualmente fluctúan, esta visita podría decidir las en la elección de la ruta.

HUGHES LE ROUX

(De *El Monitor de la Educación Común*, de Buenos Aires)

## LOS HELECHOS

(Para el *Boletín de las Escuelas Primarias*)

Siempre que hacemos un paseo, á cualquier parte que sea, nos sentimos naturalmente inclinados á recoger alguna cosa que nos recuerde aquellos ratos de expansión y entretenimiento. Cuando recorremos las orillas del mar, lo primero que nos ocurre es juntar conchitas y caracoles, para que los niños los conserven, y si ellos mismos van en nuestra compañía se llenan á menudo las manos con cuantos pequeños objetos se hallan esparcidos por la playa. Casi todos los viajeros llevan siempre consigo una cámara fotográfica para tomar vistas de aquellos edificios y paisajes que más les llaman la atención. En muchas ciudades de Europa y los Estados Unidos hay cucharas de recuerdo, que representan en alguna forma un carácter especial del pueblo, ó el monumento más culminante que se tiene; esas cucharas son objeto de colecciones para las señoras que viajan. Los diplomáticos conservan, por regla general, en sus casas, una máscara china, de cuando estuvieron en Pekín, un alfanje turco de su misión en Constantinopla, una antigüedad indígena, recuerdo de su permanencia en Méjico. Otras personas acostumbran conservar sobre sus maletas de viaje los rótulos y contramarcas de todos los vapores y ferrocarriles en que han viajado. Esa tendencia de la gente civilizada, puede fomentarse en la inteligencia de los pequeños educandos, cuando hacen sus excursiones campestres, no con el objeto de formar aspirantes á naturalistas, sino para inclinarlos á la observación y al estudio de todos los objetos y fenómenos que nos rodean.

Cuando un estudiante hace una colección de mariposas, se dice con frecuencia ¿y eso para qué sirve? Pregunta que de seguro se hizo en igual forma al primero que juntó una perla, al que estudió el mineral de oro, y á quien se entretuvo observando el gusano de seda. En un país esencialmente agrícola como el nuestro debemos inclinar á la juventud al estudio de la naturaleza, y más tarde el que fue alumno de la escuela, cuando la necesidad se lo exija, sabrá con cariño cultivar las plantas, mejorar las crías de animales, escoger los terrenos y beneficiar las semillas.

Los helechos, por su naturaleza, son las plantas que mejor se prestan para hacer los primeros ensayos de herborización, porque se secan con facilidad y son muy abundantes por todas partes y en todas las épocas del año. Además, como plantas de adorno, sirven para hacer colecciones artísticas que, aparte de su mérito científico, son de gran valor. Esas colecciones, ó herbarios de helechos, pueden hacerse por duplicado en cada escuela, una serie dedicada á la escuela misma y otra para la Dirección General de Enseñanza. Cuando los alumnos de la escuela son grandes, pueden usar una prensa, ó sea dos tablas y hojas de papel del tamaño de la Gaceta oficial, y si la escuela es de párvulos, la mitad del tamaño, ó sea tablillas y papel de periódicos, inútiles ya, de treinta y tres centímetros de largo, por veintidós de ancho próximamente. Por regla general, cuando los helechos no están mojados bastan simples hojas dobladas de papel de imprenta; pero si las plantas están algo húmedas ó son de hojas gruesas y jugosas es necesario poner entre cada dos ejemplares una hoja de papel secante. Conviene de cuando en cuando sacar las hojas de papel secante y ponerlas á secar al sol para que recobren su propiedad absorbente y puedan seguirse usando en recolecciones sucesivas.

En los climas cálidos y en la época en que el estado del aire es seco, las muestras de helechos se conservan con la mayor facilidad, reteniendo muchas veces, por la rapidez de su desecación hasta el color verde natural.

Cuando se desea obtener con la colección un provecho de clasificación científica es menester observar el dorso de las hojas para recoger de preferencia aquellas que tienen las esporas ó órganos de la propagación en su estado de madurez, conocimiento que se adquiere poco á poco, con la práctica. Una vez recogidos los ejemplares de helechos en el campo, es bueno ponerlos en el papel á efecto de que cada hoja, por aparte, conserve su forma extendida; y cuando se llega á la escuela se colocan las tablillas de plan y ligeramente prensadas con un cuerpo pesado á fin de que las muestras colocadas entre las hojas de papel conserven siempre la posición extendida. Después, cuando ya están secas enteramente, deben guardarse, siempre entre hojas de papel y en cajas ó armarios con naftalina á fin de que no intervengan los insectos como elementos de destrucción. Finalmente, á cada muestra debe acompañar una tarjeta en que se anota: la localidad, altura aproximada sobre el nivel del mar y fecha de la recolección.

El mismo sistema puede emplearse para secar otras clases de plantas, pero su conservación es más

difícil porque requieren el envenenamiento y algunos otros cuidados que no son indispensables en las colecciones de helechos.

A. ALFARO

Agosto de 1901.

## TIEMPO PERDIDO

APUNTES Y REFLEXIONES DE UN VISITADOR

(Especial para el *Boletín de las Escuelas Primarias*)

(Continuación)

En las clases de Dictado, Composición y Caligrafía se ven muchas veces niños que nada escriben durante la lección "porque á A. se le acabó el cuaderno;" "á B. se le olvidó en su casa;" "á C. le falta el dictado anterior," etc.; en cierta clase había un día 7 niños en este caso. Es de admirar cómo no le ocurre al maestro dar á cada uno de tales alumnos un plieguito de papel (siempre hay niños que están en disposición de prestarlo á sus compañeros), recoger al fin de la lección estos papeles, y obligar á los niños al día siguiente, después de la última lección de la tarde, á quedarse (bajo la vigilancia del maestro) para copiarlo literalmente en el cuaderno correspondiente, sin cambiar ni el estilo ni la ortografía.

La falta de disciplina es otra causa de perder el tiempo; eso en dos sentidos:

Pregunté á una maestra, si sus alumnas ya podían calcular, entendiéndola, la superficie de un cilindro.

—Todavía no, me contestó, pues no lo he explicado más que cinco ó seis veces.

Eso quiere decir, que la maestra se preocupa por que todas las alumnas entiendan su explicación, lo que es muy digno de alabanza; pero esta misma maestra se convierte en servidora de sus discípulas, al explicarles cinco ó seis veces una cosa tan sencilla que bien pudieran comprender desde la primera vez si concentraran toda su atención en lo que se les enseña. A eso hay que acostumbrarlas! No basta hacer la explicación tan clara como es posible y conformarse con que los niños estén quietos y no se distraigan con cualquier cosa durante la lección; tal silencio no prueba que todos se fijan: pueden dirigir sus ojos hacia el maestro y estar pensando en lo que hicieron la víspera en el parque, en lo que harán después de las lecciones del día, en el novio ó en la novia, en el baile de la noche anterior, en el sombrero que estrenarán el domingo, en los golpes que van á dar á sus adversarios, ó en muchas otras cosas, pero no en lo que les explica el maestro. Este tiene que aprender á leer en los ojos de sus discípulos su pensamiento é interrumpir la explicación á menudo para interrogarles —ó, mejor, todavía, no debe explicar él mismo, sino conducir á sus alumnos, por preguntas hábilmente hechas, á descubrir lo que les es desconocido todavía; así se establece una conversación animada entre el maestro

y los niños, que les hace imposible á éstos distraerse. Una sola explicación hecha de tal manera basta para que todos los niños entiendan, si el maestro ha tenido cuidado de ocuparse con preferencia (no exclusivamente) de los menos inteligentes. Los niños desarrollan por segunda vez el problema, quizá por tercera vez, y al maestro le toca un papel secundario en este repaso. Procediendo así, disciplinando la clase en tal sentido, no solamente se economizan varias horas por semana, sino también los pulmones del maestro.

Otros preceptores tienen que repetir cinco, seis y hasta diez veces una misma cosa, porque permiten que durante su explicación los alumnos hablen, se trasladen de un asiento á otro, disputen entre sí, vayan á mirar por la ventana, en fin, que hagan lo que les dé la gana; y el maestro sigue hablando, mientras los niños siguen divirtiéndose; "quédense quietos, niños:" no le obedecen, pero no importa, el maestro sigue hablando más y más fuerte y los niños haciendo más y más bulla; "póngase de pie, aquí, muchacho malcriado;" el muchacho se pone allí, y el maestro continúa; el muchacho, riendo, va á sentarse en una banca cualquiera y la bulla continúa como continúa el maestro. . . . .

Parece increíble, pero es la pura verdad; afortunadamente, hoy día estos casos son raros, aunque sí existen, en nuestro país.

El maestro debe tener presente, que es inútil decir una sola palabra si todos los niños no dirigen sus ojos hacia él. En el momento en que note cualquier falta de atención de parte de un alumno, debe interrumpir su discurso; si su silencio momentáneo no fuere suficiente para evitar la distracción del alumno, lo será un golpecito con el dedo ó el lápiz en el pupitre. Hay preceptores jóvenes que de este modo mantienen atenta su clase entera sin dificultad alguna, porque así proceden desde la primera lección que dan á sus alumnos. ¡Ay del maestro que no mantenga la disciplina desde los primeros días! Es difícilísimo, casi imposible, restablecer luego el orden en una clase, y pronto el maestro será esclavo de sus discípulos, los cuales pierden para él toda consideración y respeto. La hora de la lección es un escándalo, el trabajo del maestro se convierte en un suplicio físico y moralmente, y los niños progresan sólo en desobediencia, presunción y grosería. Al concluirse el año se nota que durante diez meses el trabajo ha sido infructuoso; sólo un resultado se ha obtenido: el maestro tiene tisis.

Hay casos peores todavía.

He visto maestras que interrumpen su lección para sentarse en el centro de la clase, sobre un pupitre, y comerse tranquilamente un huevo crudo con pan, mientras que unos niños estaban en cualquier punto de la sala jugando ó peleando y otros se divertían en el corredor.

Había maestros (de ambos sexos) que se ocupaban durante la lección de su correspondencia particular; hasta se interceptó la carta del novio, que de una aula se mandó á otra de la misma escuela por medio de un alumno. Los vecinos de esa escuela vieron repetidas veces una pareja de novios, conver-